

***Entendimiento, realidad, gracia (II)***  
***Concreciones pedagógicas para un realismo cristiano***

Hemos escuchado los principios básicos sobre qué es nuestro entendimiento, cómo funciona, cómo está llamado a relacionarse con la verdad y qué papel juega la verdad revelada para iluminarlo. Se ha afirmado entre otras cosas que el ser humano –tú y yo entre otros- tiene capacidad para entender la realidad hasta altísimas cotas de profundidad, hasta Dios mismo. Si esto es así, las consecuencias existenciales y educativas son enormes. Ahondemos ahora en ellas. ¿Cómo educar el entendimiento?, ¿cómo valerse de esta potencia anímica para relacionarse mejor con la realidad?, ¿cómo acoger la verdad revelada?

Si acudimos a las Sagradas Escrituras, nos encontramos con este versículo enunciado anteriormente: “el principio de la sabiduría es el Temor del Señor”. Si éste es el principio, comencemos por él. “Temor del Señor” remite en la tradición bíblica al profundo respeto y reverencia por lo que Dios mismo ha revelado de Sí mismo y de la realidad, viendo esta revelación como un camino de vida. “Temor del Señor” es, por tanto, este sentimiento (este “instinto”), lleno de sentido común, de que si Dios mismo ha tenido a bien mostrar caminos de vida, ¿cómo osará su pobre criatura a transitar por otras vías, cómo se atreverá a alimentarse en otros pastizales? “Temor del Señor” es, dicho de otro modo, este miedo -tan racional y pedagógico (a diferencia de tantos otros miedos)- a no querer salirse de la Voluntad de Dios y, por tanto, de la verdad, de la realidad, de lo que son las cosas, las personas, uno mismo.<sup>1</sup>

Este “temor de Dios” ya educa, por tanto, y es tan acorde al entendimiento, aunque no es el todo (es el principio), y es una actitud que *se* educa, ya desde niños, si antes la vivimos los educadores. Por eso, por ejemplo, contestar con ese famoso “qué más da” a un niño que te pregunta “qué es eso, o por qué aquello”, hace daño. No es acorde con el entendimiento. En cambio, este “inclinarse” de los sabios de oriente, hacia el niño Jesús, o ese “descalzarse” de Moisés ante el misterio de la zarza ardiente, que racional y lúcido se revela. Sí, el temor de Dios es el principio de la sabiduría, porque orienta hacia lo que las cosas son y te protege de lo que te hace daño.

¿Podemos concretar un poco más en qué consiste el temor del Señor o cómo educarlo?

---

<sup>1</sup> Es *racional*, porque es conforme a razón fiarse de alguien que sabe más que yo y que me quiere por encima de todo, más todavía cuando sé que yo soy falible e inclinado al mal. Es racional porque es conforme a razón sentir rechazo hacia el mal y la fealdad, contrarios al ser. Es *pedagógico* porque, separando del mal y de la fealdad, orienta hacia el bien y la belleza.

Si acudimos a la pedagogía de Dios, a cómo Él ha ido revelando lo que quiere de nosotros, podemos aventurar que lo ha hecho, *grosso modo*, por medio de una doble vía: una vía, por así decir, negativa y otra positiva. Es una forma de hablar. *Vía negativa* hace referencia a qué no hacer, a qué caminos no transitar, a qué experiencias no vivir. *Vía positiva* hace referencia a qué hacer, por dónde caminar.

Esta vía “negativa”, aplicable a nuestro entendimiento, queda condensada en los “noes” del *Decálogo*. En ellos encontramos un seguro elenco de experiencias que hacen gran daño a nuestro entendimiento, que violentan su naturaleza (su configuración) y no le dejan crecer bien. Estos “noes” protegen de ciertas situaciones que, en el fondo, bloquean y adulteran la relación del entendimiento con la verdad de Dios, de uno mismo, de las personas y de las cosas, la relación, en definitiva, con la Realidad.

La vía “positiva”, como decíamos, marca el camino por que el nuestro entendimiento está llamado a encontrar su justo modo de desarrollar lo que es y de relacionarse correcta y progresivamente, por tanto, con la realidad. En la Escritura, esta vía positiva, está contenida en el *Shemá*, leído éste a la luz de Cristo y del Evangelio.

Vamos a repasar brevemente<sup>2</sup> estas dos vías y su relación con el entendimiento.

### ***1. La “vía negativa” del entendimiento***

I. El primer mandamiento, en la síntesis que ha hecho la Iglesia, dice *Amarás al Señor sobre todas las cosas*. Este mandamiento, en su versión bíblica (Ex 20, 2-17), está más desarrollado e incluye varios “noes” muy significativos. En ellos se prohíbe al pueblo de Israel –como concreción del mandato de amar a Dios sobre todas las cosas– tener otros dioses. También dice, muy significativamente, “no te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ***ni de lo que hay abajo en la tierra***”. ¿Qué tiene que ver esto con nuestro entendimiento y con su educación? Mucho, a mí modo de ver. Por un lado, hacerse una imagen de Dios o fabricarse un ídolo, adultera la relación con el verdadero Dios. Ya no es con Él con quien te relacionas, sino con un fruto de tu imaginación (o de la del profesor), con una proyección de ti mismo. Lo falso no es real. El entendimiento pide relación con la realidad de Dios, no con algo que no es. Y aquí uno se vuelve hacia la catequesis, hacia nuestros discursos religiosos, hacia lo que le decimos a los niños de Dios. Tantas veces no se propicia una verdadera relación del niño con Dios (en función de la cual caben imágenes y palabras, discursos y

---

<sup>2</sup> Siempre entendiendo *Decálogo* y *Shemá* no como meras nociones o teorías, sino como caminos de vida, modos de existencia. Una comprensión global, compleja, de ambas oraciones, aunque no exhaustiva: en este escrito sólo atenderemos a algunos aspectos muy fundamentales.

ritos, por supuesto). Tantas veces se le da al niño el sucedáneo del ídolo, con la que el niño no se puede relacionar (porque tiene ojos y no ve, tiene boca y no habla)<sup>3</sup>.

Por otro lado, el mandamiento añade que tampoco debemos hacernos imágenes “de lo que hay abajo en la tierra”. Es toda una llamada, más allá de literalismos, a tener una experiencia directa, personal y relacional (como veíamos que es propio del entendimiento), de las cosas.

En nuestra relación con los niños y en nuestro acompañamiento para que conozcan la verdad esto es muy importante. Ocurre en ocasiones que nuestras palabras y explicaciones generan en ellos “ídolos” y representaciones sustitutivas de la realidad, más que caminos de relación personal con lo real. Estas representaciones, además, simplifican realidades de suyo *complejas* (y por ello fascinantes), agotando y aburriendo. Cuando a un niño le digo: “mira, una casa se pinta así”, y le dibujo la consabida casa con techo a dos aguas y chimenea humeante, le estoy fabricando una imagen irreal y simplona de lo que es una casa. La mayoría de niños, cuando les dices que pinten una casa, reproducen –generación tras generación– un dibujo muy similar... que “curiosamente” no se parece a su verdadera casa, aquella en la que viven. Les (¡nos!) han enseñado que “casa” se dibuja como un cuadrado con un triángulo encima, que alberga un rectángulito a modo de puerta y dos cuadraditos por ventanas. Ah, y con una chimenea... que seguramente nunca han visto. Y así tantos dibujos... el del sol, el del cuerpo humano, el de los árboles... Los niños no pintan lo que ven, sienten, tienen delante... sino una imagen que alguien les dijo que se dibujaba así. Pintan de memoria, pero no de la memoria de su experiencia y percepción, sino de la imagen simplificada y grotesca que alguien les enseñó. Se ha adulterado, así, el funcionamiento natural del entendimiento, hecho para percibir la realidad, relacionarte con ella, maravillarte de su complejidad, escrutarla y crecer con ella.

¿Cómo haber hecho?... Luego abundaremos más, pero la Revelación, al menos, ya nos ha dado una pista importante: ojo con las imágenes, con los ejemplos, con las caricaturas de la realidad.

**II.** El segundo mandamiento dice “no tomarás el nombre de Dios en vano”. Con él se nos invita a no traspasar la puerta no sólo de la blasfemia, sino de cualquier actitud con Dios o con su creación en la que, diría yo, se “rebaje su categoría”. Dios es bueno y ha hecho las cosas bien (Génesis). Ha dotado al ser de bondad, de belleza, de verdad. Todo es bueno y bello y hermoso. Todo es interesante. No hay en las criaturas veneno

---

<sup>3</sup> En la catequesis puede ocurrir que se hable de Dios pero que no se propicie el hablar con Dios. Es como enseñar el mapa de un viaje que nunca se ha recorrido ni se recorrerá, o como enseñar la natación sin entrar en el agua. Esto agota el entendimiento. Aquí entronco con el tema de “dotar de certezas”, objetivo educativo que a veces se asume como respuesta al también nocivo relativismo imperante. Ojo, que dar certezas que no propicien la experiencia con la realidad, con la verdad de las cosas y de Dios, es engañosa y dota de una falsa seguridad.

de muerte. Por eso la realidad pide al entendimiento renunciar a la maledicencia y a la queja, a la sospecha y al cinismo, al fatalismo y al pesimismo. Sí, estas son actitudes que dañan el entendimiento porque conllevan una inadecuada relación con lo real. Por desgracia sin embargo, y con mucha facilidad (porque el pecado original tiene sus consecuencias), estas actitudes se inoculan a los niños desde pequeños y se convierten en un modo habitual (un vicio) de relación con la existencia y con lo existente. Imaginemos, por ejemplo, un niño que cae en el parque, y se hiere la rodilla o las palmas de las manos. Él siente dolor y demanda sentido. Mira a la madre y llora (tantas veces, si no hay madre cerca ni siquiera llora). La madre corre, angustiada, a su encuentro, y dice “pobrecito, pobrecito”. Le coge entre sus brazos. Se respira desgracia y victimismo. El niño asimila esta comprensión de las cosas: “soy alguien desgraciado, víctima del dolor, pobre de mí”. La madre, entonces, trata de consolar al niño golpeando el suelo: “suelo malo, suelo malo, has hecho daño a mi niño”. El niño contempla y sonríe. Va entendiendo: “el suelo es malo porque me ha hecho daño, merece ser castigado, mi madre lo castiga, me siento mejor”. Es una gran lección: quien me hace daño es malo y merece castigo; cuando sufro (sea por el suelo, por una mala cara o una mala nota) soy víctima, merezco compasión y atención. Y quien me ha hecho daño merece castigo.

Pero no es verdad, así no son las cosas. El precio que se ha pagado por consolar al niño ha sido muy alto. Se está distorsionando la relación del niño con la verdad, su entendimiento, *porque* el suelo *no es* malo ni él *es* un pobrecito. El suelo es duro, gracias a Dios que hace bien las cosas, y por eso nos sostiene día tras día. La piel es blanda y sensible, gracias a Dios, y por eso nos podemos mover y podemos sentir a través de ella. Y cuando caes, tu piel blanda se hiere con el suelo duro, pero el niño no es pobrecito por haberse hecho una herida, simplemente se la ha hecho. El dolor que ha acompañado a esa herida, y que él siente es un prodigio de nuestro sistema nervioso. Dios hace bien las cosas, por eso este acontecimiento pide otro tipo de comprensión, ¿cuál? Enseguida veremos más cosas, pero ya guardamos este dato: *no tomarás el nombre de Dios en vano*.

**III.** Otra vía que no debe transitar nuestro entendimiento viene consignada por el quinto mandamiento<sup>4</sup>, la quinta palabra: “no matarás”. Nuestra mente no está hecha para matar, y matar le hace mucho daño. A veces somos nosotros mismos los que enseñamos a los niños a matar, somos nosotros los que les enseñamos a relacionarse así con la realidad. Cuidado, cultivemos el temor del Señor. Dios ha dicho “no matarás”.

Pero ¿qué es matar? Cristo profundizó en este mandamiento cuando dijo “todo el que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal, pero el que llame a su

---

<sup>4</sup> No podemos detenernos aquí en todos los mandamientos. No significa que no tengan que ver con este tema. Simplemente ha sido necesario optar por razón de brevedad.

hermano ‘imbécil’ [*raqa=cabeza vacía*], será reo ante el Sanedrín; y el que le llame ‘renegado’, será reo de la gehena de fuego.” Matar es negar la radical dignidad del prójimo: a alguien que *es* tu hermano, tú le tratas, te relacionas con él, como ‘*raqa*’, como alguien que no tiene que ver contigo, como alguien no digno de ser respetado. A veces un adulto va conduciendo, llevando a su hijo en el coche, y le adelanta peligrosamente un motorista. El padre se encoleriza e insulta al motorista. Y detrás del insulto, que rebaja la dignidad del otro, cabe obrar violentamente (el obrar sigue al entender, se decía en la primera parte). El hijo escucha y aprende: “cuando alguien hace algo indebido, que me pone en peligro, pierde su dignidad, es un...”. Has obligado al entendimiento del niño a que se relacione mal, *adulteradamente*, con su prójimo. Insultarle, matarle, afecta al entendimiento, no deja que éste perciba la verdad del otro, que, por más que adelante indebidamente, no deja de ser lo que es: criatura predilecta de Dios, y que si ha hecho mal, será por alguna razón más compleja. Ten cuidado, si te enfadas no peques (cf. Ef 4,26; Sal 4,5).

Matar es también quitar la vida a aquello que la tiene. Es negar que alguien puede cambiar, que está en devenir. Es juzgar. Es también cosificar. Típico de la escuela y típico del cine. Hacer de la vida una imagen, o una sucesión de las mismas, un concepto, rígido y simplificado. Y esto es peligroso, porque las cosas se pueden usar, pero la vida no. En un libro de texto, el volcán en llamas no huele ni hace ruido, no se mueve, no estremece a quien lo ve. No es un volcán. El volcán de verdad conmueve, es imponente. En una película un disparo, asociado a imágenes y música, generan unas experiencias interiores satisfactorias y emocionantes... un disparo real no. Esto no significa prescindir del libro de texto ni del cine, sino que es una llamada a discernir su valor y su uso.

No hay que traspasar el quinto mandamiento. Hacerlo oscurece el entendimiento. La verdad revelada custodia e ilumina la verdad del ser.

**IV.** El sexto mandamiento dice, en su versión catequética, “no cometerás actos impuros”, recogiendo el “no cometerás adulterio” de Éxodo y Deuteronomio. Otro “no” que nos protege de tomar caminos dañinos y que nos abre a movernos en el seno de un “sí” amplísimo. ¿De qué nos protege el sexto mandamiento? También de una inadecuada relación con el otro, una relación que no hace justicia a la verdad que es el otro. Cristo apuntará ahí cuando diga que sólo mirar a una mujer *deseándola* ya es cometer adulterio. Qué interesante que diga “mirar”, un verbo tan ligado al entendimiento. Y que diga *desear*, que es un modo de relación. Hay una mirada que adultera la verdad que es el otro: cuando el otro es percibido para mi satisfacción, el otro es un *medio* para darme beneficio. Estamos ante una mirada utilitarista, autorreferencial. El otro ya no es un fin en sí mismo (éste es el *principio personalista* de K. Wojtyla). Sí, adulterar, cometer actos impuros, a cualquier nivel, te impide captar al

otro (y a ti mismo) tal cual es y por tanto no te deja relacionarte con él como es. Es, otra vez, una fractura para nuestro entendimiento.

En la educación familiar y escolar hay veces en que se enseña a los niños a mirar adúlteramente, a personas y cosas, cada vez que cualquier realidad, sobre todo las personas, son presentadas en función de uno mismo y no de lo que son. “Esto es para ti, qué bien te lo vas a pasar en el colegio... Esto sirve para el examen... y esto no va para el examen... (“por lo tanto”, piensa el niño, “no es”) La flor sirve para... La mano sirve para...” Cuando un niño empieza a preguntar con “para qué sirve...” ya hay algo un poco fuera de sitio. Porque las cosas, y sobre todo las personas, primero *son*... y, pueden, en algún caso, servir para algo. Educar en la gratuidad y en la castidad, también en el pudor.

Voy a poner dos ejemplos, que sirven para ilustrar este mandamiento pero también otros.

El primero es una experiencia cotidiana e irrenunciable. Es la relación con la comida. Esta relación tiene hondas repercusiones antropológicas y la hemos aprendido antes de tener consciencia de ella, porque hemos sido alimentados siempre; desde que nacimos alguien nos puso un “plato” de comida delante. Esta comida, adelante, es símbolo de la historia que se nos ha dado a vivir, símbolo de la voluntad de un Padre que, desde antes de que tuviéramos consciencia de ser, ya puso ante nosotros acontecimientos y personas.<sup>5</sup> ¿Cómo nos relacionamos con la comida? ¿Cuál es la postura existencial ante ella? ¿y ante la historia? Para responder, antes nos vamos a preguntar ¿qué palabras acompañaron esos platos de nuestra infancia?, ¿qué razones se nos dieron para comer?, ¿qué sentimientos, actitudes, gestos sazonaron nuestras primeras comidas?, ¿qué alimentos concretos comimos?

Yo he escuchado a madres (o padres) repetir un discurso que vincula casi indisolublemente comida y gusto. “¿Verdad que te gusta?, ¿es que no te gusta? Cómetelo que está muy bueno. ¿Por qué no te lo comes si está tan bueno? Cómetelo aunque no te guste. No está malo.” Así un día y otro día. Al final muchas madres se sorprenden y se preguntan extrañadas (extraña que haya sorpresa por algo que uno mismo ha provocado): “mi hijo sólo come lo que le gusta”, “si no le hago lo que le gusta no come”. Así, en positivo o en negativo, la relación que se establece de un modo u otro es que comida va da la mano de gusto.

Curiosamente, así también ocurre con los acontecimientos y personas que se nos ponen delante: *me gusta, no me gusta, es bueno para mí, no es bueno, me lo trago*

---

<sup>5</sup> En la Escritura y, más en concreto, en boca de Jesús, la voluntad del Padre, la historia, es expresada como alimento, como pan. “Mi alimento es hacer la Voluntad de mi Padre”. “No sólo de pan vive el hombre...”. Sí, hay una conexión en cómo nos relacionamos con la comida y con la historia.

*aunque no me guste...* Pero ¿es así? ¿no es una distorsión de la realidad? Yo pienso que sí, porque Dios ha revelado que todo es bueno y que las cosas no son buenas o malas en función de mí mismo. La comida que se me pone delante no es en función de mi gusto, es mi alimento, el alimento que me da mi madre y, en última instancia, Dios Padre. Y no sólo eso, es también don. Alimento y don (entre otras cosas). Ésta es la verdad de la comida y esta verdad me pide un modo de relación en la que el gusto no es la categoría principal, sino bien secundaria. Esta verdad de la comida, entronca con la verdad de la historia. Ambas demandan una relación de acogida y de agradecimiento, más allá del gusto<sup>6</sup>. Volvemos a lo de antes: la correcta comprensión exige renunciar a lo que los mandamientos prohíben, y entablar una relación con las cosas acorde a su verdad.

El segundo ejemplo, la segunda situación, es la relación con el vestido, con la ropa. En el significado que desde niños se nos ha ido dando al hecho de vestirse y a la ropa que hemos llevado, hemos ido aprendiendo tantas cosas de nuestro modo de situarnos ante los demás y ante la situación que nos es dada a vivir. Porque el vestido, desde el pecado original, no es algo neutro, sino una realidad con hondas repercusiones antropológicas. Vestido dice cómo te presentas ante el otro (y esto tiene que ver con la castidad y con el pudor) y qué valor tiene tu oficio, tu tarea. Pero ¿cómo nos han enseñado a vestirnos?, ¿con que *logos* nos ponía nuestra madre la ropa? [*desarrollar*: vanidad, comodidad, presunción, envidia, provocación... vs. castidad, orgullo, tarea, respeto del otro y de la misión que tengo]

V. El octavo es “no mentirás”. No se puede mentir, lo ha dicho Dios. Ni a los adultos ni a los niños. Mentir lesiona el entendimiento de quien miente (le sienta muy mal al cerebro) y de aquel que recibe la mentira, sobre todo si es niño y vulnerable<sup>7</sup>, sobre todo si confía en quien la dice. Acoger la mentira deforma el entendimiento, como una mala llave deforma la cerradura cuando la metes a la fuerza, porque estamos hechos para la verdad y eso busca nuestro entendimiento: la verdad de las cosas, de las personas, de Dios. En esta búsqueda, la mentira es un atentado. A los niños se les miente, en casa y en la escuela. Con palabras, con actitudes, con acciones. Se les dice que unos reyes magos y que un tal ratoncito Pérez van por las noches a sus casas con regalos. Se les dice que si no hacen los deberes no van a aprender. Se les dice que son los reyes de la casa y luego se les castiga seriamente si no hacen tal cosa (... pero ¡si se le había dicho que era el rey de la casa!). Se les dice que Jesús no les va a querer si se portan mal y que el profesor les va a ayudar en todo lo que haga falta. Y el niño cree al adulto, cree a sus padres, naturalmente, porque es de derecho natural que las palabras de

---

<sup>6</sup> Esto no significa negar el gusto, que es también un don de Dios (Él ha dotado de gusto las cosas y las experiencias), sino desplazarlo de lugar, resituarlo. ¿A dónde? ¿Cuál es el “lugar” del gusto en esta relación con la comida y la historia? Dejo la pregunta abierta, pero es muy importante dar (y darse) una respuesta desde la que, en consecuencia, educar el gusto de los niños (¡y el nuestro!).

<sup>7</sup> Y no tiene, por tanto, recursos para hacer frente a la mentira.

quien te ama y te enseña sean acordes con la verdad, porque el entendimiento y la inocencia van de la mano.<sup>8</sup> Y al creer, quiere amoldar su entendimiento y encontrar una verdad a lo que no la tiene, y para ello tiene que violentar su razón.

Dios ha dicho “no mentirás”, y con esto nos ha puesto en la tarea preciosa de vivir en la verdad.<sup>9</sup>

## 2. *La vía positiva*

Aunque la “negatividad” de estos mandamientos (lo que **no** hay que hacer) lleva implícita una positividad muy radical (que apenas hemos esbozado), un camino de vida, vamos a detenernos ahora, más explícitamente, en lo que sí hay que hacer y en lo que, por tanto, sí que hay que acompañar a los niños y enseñarles.

Una síntesis de la vía positiva que la Revelación ha abierto ante nosotros y nos ha invitado a transitar es la oración del *Shemá: Escucha Israel...* El *Shemá* conecta con el entendimiento y lo ilumina. Lo sitúa en su justa posición, en su justa relación con lo real.

Comienza con “*escucha*”, porque el entendimiento, como veíamos en la primera parte de esta reflexión, necesita abrirse a la realidad tal cual ésta es. *Escucha* es atención, reverente y contemplativa. Una atención no utilitarista, no dominadora, no sospechosa. Una atención humilde y diligente, una atención sorprendida. Ésta es la actitud que demanda la realidad, que le hace justicia.

Y esta atención no debe ser invadida ni manipulada, como es tan fácil contemplar en muchos niños, también en nosotros. No escuchan, no atienden, no están presentes a la realidad ni a sí mismos. ¿Qué ha pasado? Porque esto no es natural ni, mucho menos, sobre-natural. Desde pequeños hay un “infracultivo” de la atención y, además, un embotamiento progresivo de la misma. También en ti y en mí.

¿Qué hacer? Por un lado los mandamientos ya nos han dado luces muy concretas. Pero hay más: deja que el niño capte las cosas, se relacione con ellas, mire,

---

<sup>8</sup> Cuentan que Santo Tomás de Aquino, maestro en el uso de la inteligencia, era crédulo e inocente. Un día le dijeron sus compañeros dominicos, para burlarse de él, que mirara por la ventana que un burro estaba volando. Y Santo Tomás miró por la ventana. Se rieron de él, pero también le preguntaron cómo se podía creer eso. Él contestó: “me es más fácil creer que un burro vuele a que un dominico mienta”.

<sup>9</sup> A caballo entre el segundo mandamiento y el octavo hay un tipo de ironía que no es educativa. Sólo la voy a mencionar. Diré, genéricamente, que la ironía no es educativa, y que hace daño a los niños. Tal vez no toda forma de ironía, sino aquella que lleva una cierta nota de amargura y de desprecio. Es decir una cosa queriendo decir la contraria, pero con superioridad, con cierto desprecio hacia quien la escucha. No es infrecuente en padres y maestros. Cuando el niño es pequeño, la ironía le hace daño porque no sabe a qué atenerse, no sabe por qué su profesor o padre hace ese uso de la palabra y le dice, por ejemplo, “pero qué bien has hecho esto...” cuando le está *queriendo decir* justo lo contrario. Hace daño, además, porque el niño no puede responder a la ironía en igualdad de condiciones, ya que este tipo de ironía va “de arriba hacia abajo”, y el niño sabe que “está abajo”. Hace daño porque expresa desconfianza: “vaya hoy si que te has portado bien”... queriendo recordar que aunque hoy te has portado bien, ayer y anteayer no lo hiciste. Usas palabras de bendición con sentido de maldición. Esto envenena el entendimiento.



escuche, toque, se pregunte... enséñale a hacer silencio y a estar tiempo ante las cosas. Cultiva su asombro. “¿Qué es eso?”, te pregunta. Callas tu respuesta sabihonda e idolátrica, y dices: “vamos a verlo, a escucharlo, a tocarlo...”. Que “escuche” historias, las caras de las personas, el olor de las comidas, el dolor de su cabeza, una puesta de sol... *Escucha* porque toda la realidad es una palabra, encierra un *logos*, no está ya dicha dentro de ti. Pedagógicamente, *Dia-Log* y *Ramain* cultivan muy concreta y eficazmente la escucha, la atención. También escuchar tú, adulto, a los niños. Escúchales de verdad: sus palabras, sus gestos, sus actitudes. Déjate interpelar por ellos. Y él aprenderá a escuchar.

Volvamos por ejemplo al caso del niño que se ha caído en el patio. Ahora la madre o el educador se acerca, calmado, al niño (porque no está en peligro de muerte), como María en el icono de la Pasión, en la que enseña a Jesús a sufrir. Y mira su herida (de verdad, porque esa herida es un prodigio, porque hay en ella una palabra) y le invita a mirarla. Le pregunta por su dolor y le invita a escucharlo: “¿Te duele?” “Sí, me duele”. “Es que te funciona maravillosamente el sistema nervioso.” “¿Sí?” “Fíjate, tu cerebro te dice que estás herido. No sólo a ti, también al resto del organismo (que no te duele) que se pone en marcha para curar la herida. ¿Verdad que es maravilloso?” Y así el educador le va abriendo a la realidad y orienta hacia ella su entendimiento... y más aún, le revela aspectos de la realidad que por su mero entendimiento no alcanzaría: “¿Sabes que tu herida es valiosa y sirve para hacer el bien?” “¿Cómo?” “La puedes ofrecer a Dios por alguien, ¿lo hacemos?” Al escuchar la realidad no hay culpables de ese dolor, ni victimismo.

Y así el sol, el árbol, *este árbol* (que se llama pino y que es distinto de otro árbol que también se llama pino), el perro, *este perro*, la vida, el vuelo de una mariposa... piden ser escuchadas. Y entonces, recordando lo que decíamos al principio, sí se pueden pintar. Y pinto lo que he visto, y no me tienes que enseñar cómo se pinta un árbol, sino cómo pintar el árbol que he visto.

***El Señor nuestro Dios es el único Señor.*** Esta confesión aporta una visión muy realista de las cosas, pues desvela el fundamento último de la realidad, hacia el que tiende nuestro entendimiento. También nos da *confianza* en la búsqueda de la verdad, que no es mi enemiga. Por eso, la escucha a la que debemos educar nuestro oído, nuestro entendimiento, es una escucha hacia una realidad fundamentada en Dios, como hemos tratado de decir. Aquí la Revelación orienta de un modo muy potente nuestra escucha, pues nos da el “tono” que tarde o temprano tenemos que escuchar y nos avisa de los sonidos “des-entonados”. Esta confesión, pues, grita a nuestro oído: detrás de todo está Dios. Y si Dios está detrás de cada cosa, de cada acontecimiento, de cada persona, podemos entrar en la verdad de cada realidad sin miedo, con confianza, descubriendo un misterioso y precioso nexo entre toda realidad creada. Ya no eres o de

ciencias o de letras, porque tanto en una palabra como en una célula descubres un regalo de la misma mano. Alguien te quiere hablar detrás de cada realidad. La historia es un diálogo. ¿Por qué no educar ya desde niños a *escuchar* así la historia y las cosas?, ¿a dirigir el entendimiento a este fin?

Esta confesión, además, te revela *criatura*, que es la posición existencial desde la que el entendimiento percibe más ajustadamente la realidad. La actitud contraria, que se llama soberbia (tú eres dios), es la distorsión más grande a la que se somete el entendimiento. Conocimiento va de la mano de humildad. Enseñar la humildad es un buen método para desarrollar la inteligencia. Porque Dios oculta sus secretos a los sabios y entendidos y se los revela a los humildes.

Esta humildad creatural abre a la verdad más escondida de la realidad, que es el amor. ***Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Y amarás al prójimo como a ti mismo.***

Y ahora cerramos el círculo. El entendimiento está hecho por amor, con amor, para amar. El amor, síntesis de la Ley y los Profetas, sitúa al entendimiento en su más justa relación con lo real. Aquí se abre todo un camino de experiencia y reflexión, pero va siendo hora de terminar. Lo hago con una frase de un autor del siglo XII: “El amor es el ojo” (Hugo de San Víctor).

P. Tomás Minguet Civera, CVMD